

EL NEOLIBERALISMO *

Por

ORLANDO WILLIAMS ALZAGA
Profesor Titular de Economía Política

El viejo liberalismo —que tiene como regulador de la economía a la Libertad— había regido en las naciones más civilizadas del mundo, con mayor o menor amplitud de sus postulados, en el siglo XIX, y puede decirse hasta la guerra de 1914, en que comienzan a acrecentarse más y más las interferencias dirigistas que iba sufriendo. Para suerte suya, pasado el período de los males sociales que fueron inherentes a su iniciación, a su amparo los grandes inventos, descubrimientos y perfecciones en la técnica de la producción y de los transportes lograron imprimir a la humanidad, en el proceso de acumulación de capital, y de creciente bienestar en los diversos sectores sociales, los más grandes saltos de todos los tiempos.

La antítesis del liberalismo está, naturalmente, en el socialismo marxista, que tiene su expresión típica, aunque diversificada en ciertos aspectos, en el comunismo soviético. Los liberales repudian también, como resulta obvio, los demás sistemas socialistas, tan profusos como poco precisos.

Y en cuanto al dirigismo, si bien no lo rechazan en todas sus expresiones, entienden que a la par que puede importar un freno para que el esfuerzo del hombre se traduzca en aumento de bienestar general, significa un peligro para la libertad en todos sus órdenes.

“Las libertades —expresa con ingenio *Imwke*— están ligadas unas a otras, el tejido social viviente de que forman parte puede ser destruido bien por un ataque conjunto o por un ataque separado contra ellas. Es tarea fútil la de intentar establecer distinciones entre las mismas basándose en su esencialidad. Resulta muy especialmente cierto que las libertades económicas no pueden ser cercenadas sin que lo sean las libertades sociales y po-

* Del discurso presentado al economista, profesor Louis Baudin, en la Facultad de Derecho, el 16 de julio de 1938.

líticas. Es posible empezar en un punto cualquiera y trazar desde él la circunferencia de vasallaje”.

La verdad está entonces para los liberales, que reconocen serias imperfecciones al viejo sistema, en rejuvenecer al liberalismo dentro de su idea esencial. Esta es la posición del neo liberalismo.

En 1938 aparecen varios libros producidos de inteligencias que han comprendido al mismo tiempo, por rara coincidencia, la necesidad de esa renovación. Entre otros, “El Socialismo” de von Mises, “Las Místicas Económicas”, de Rougier, “Grandes y Decadencia del Capitalismo”, de Robbins. El “Destino del Capitalismo”, de Marño, y sobre todo, el libro fundamental por sus consideraciones doctrinarias y prácticas, “La Ciudad libre”, de Walter Lippmann.

Esa rara simultaneidad de pensamiento llevó en el mismo año 1938 a varios autores, a un pequeño Congreso que tomó el nombre de Coloquio Walter Lippmann y donde ellos definen las bases de la nueva doctrina que hoy perfeccionan en las reuniones periódicas de Mont Pelerin.

“La gran diferencia entre el liberalismo social (o neo liberalismo) y el liberalismo ortodoxo —escríbe Marño—, es que este último no es sino un sistema de producción, mientras que el liberalismo social es una filosofía que define un orden nuevo de vida social. Esta concepción es mucho más amplia pues ella debe tener en cuenta no solamente el juego de las leyes económicas cuyo carácter imperativo dentro de limitaciones dadas ya he definido, sino también de todas las otras consideraciones en movimiento, ya sean ellas de orden político, social, militar, moral o psicológico”.

Para comprender la posición de los liberales en vísperas de la segunda Guerra Mundial —escríbe James— no debe olvidarse que tenían que defenderse principalmente contra dos ideas. En primer lugar se les había opuesto que nuestro mundo no era ya competitivo y que la libertad no podía asegurar el mantenimiento de un estado de competencia; se les objetaban, por otra parte, los múltiples desequilibrios o distorsiones, máxas adaptaciones o injusticias, que se manifiestan en una economía al menos parcialmente liberal, como la de Occidente”.

“Lo más interesante —continúa más adelante el mismo autor— es que los neo liberales, cuando expusieron su ideal no permitieron la vuelta al laissez faire absoluto y sin freno; ni desvirtuaron toda forma de intervención del Estado; hablaron más bien de la vuelta a una economía de mercado”. “Sólo el mecanismo de precios funcionando en mercados libres —ha dicho W. Lippmann—, permite una organización de la producción susceptible de conducir a la satisfacción máxima de los deseos de los hombres”. Y para restablecer una economía de mercado han admitido ciertas intervenciones del Estado. Han hecho eco así al pensa-

miento más antiguo de John Bates Clark, según el cual había que organizar la competencia.

Louis Baudin, para resumir el ideal del neo liberalismo, ha escrito en su "Precis de histoire des doctrines économiques": "Técnicamente los neo liberales quieren mantener el sistema de precios que es la clave del individualismo, el aparato central de regulación y de orientación. Saben que a falta de precios, es el Estado quien debe actuar con su autoridad por medio de estadísticas y temen una acción tal. Pero reconocen que hay un campo en que se sitúa ese sistema; debe existir un marco jurídico... que el Estado debe preparar y cuyo funcionamiento puede engendrar ciertos males, los cuales debe remediar el Estado (asistencia, seguro de desempleo). El neo liberalismo es un liberalismo constructor".

Entiende Baudin además que la libertad económica presenta entre tanto la inestimable ventaja de dejar actuar a las elites. "Los miembros de la elite no son forzosamente los más ricos, los más poderosos ni los mejor nacidos —dice— ni los más influyentes ni los más considerables. No forman un grupo determinado, se los encuentra en todos los medios. Su presencia es necesaria para asegurar el orden y promover el progreso. La elite es abierta. Todo el mundo puede formar parte a condición de ser digno".